

### UNA HISTORIA CONCEPTUAL DE LA ANOMIA

Nora Rabotnikof

LIDIA GIROLA

*Anomia e individualismo.*

*Del diagnóstico de la modernidad  
de Durkheim al pensamiento  
contemporáneo*

Barcelona/México, Anthropos  
Editorial/Universidad Autónoma  
Metropolitana, 2005

Hay muchos modos de leer a un clásico. Para algunos, un clásico es un intérprete imprescindible de una época, una encarnación privilegiada del espíritu de su tiempo. Pero por eso mismo para otros, volver a los clásicos sólo puede tener un interés de anticuario. Para algunos, el clásico se define como aquel que ha elaborado categorías generales de comprensión, imprescindibles para interpretar una realidad incluso diferente de aquella originaria. Para otros, la aceleración del tiempo histórico y la transformación de las condiciones sociales y políticas vuelven imposible o al menos condenan a la frustración el intento de aplicar conceptos elaborados hace un siglo o siglo y medio, no importa la gloria que esos conceptos supieron conseguir en su momento. Por eso, al escribir un libro sobre un autor, en este caso un padre fundador de la sociología, Lidia Girola tenía varias opciones por delante, varios modos de tratar a Durkheim, el clási-

co. La primera opción era hacer una lectura filológica, emprender una reconstrucción erudita, heurísticamente exhaustiva de la vida y la obra de Durkheim. Este tipo de trabajo exige ser realizado con rigor, erudición pero, sobre todo, con algo así como una pasión casi reverencial por el clásico en cuestión. Por necesidad, los potenciales receptores de este tipo de obras son pocos y su impacto público se reduce, muchas veces, a un pequeño núcleo de especialistas. No es esta lectura reverencial de Durkheim la que la autora nos propone. Una segunda forma de tratar a un clásico es la de llegar a él a través de la polémica de las interpretaciones generadas por su obra, o a través de las distintas recepciones desde otras épocas y otros universos de sentido. En esta segunda forma, la preocupación se centra en la fidelidad o infidelidad de las lecturas, en la adaptación o traducción a los distintos contextos de recepción. Esta forma de tratar a un clásico puede llegar a transformarse en la empresa fascinante de detectar traiciones e injusticias, fidelidades y ortodoxias, y bien contada puede resultar en una historia de aventuras donde los protagonistas son las ideas. Lidia Girola ha llevado adelante este tipo de investigaciones sobre las recepciones en América Latina en varios de sus trabajos. Pero tampoco es este tipo de labor heurística la

que se nos ofrece en este libro. Una tercera forma de desplegado este tipo de investigaciones tratar a un clásico, es a las cachetadas o, si queremos ser más políticamente correctos, a través de lo que podríamos llamar una lectura «imaginativa». En general, ésta consiste en hacer decir al autor en cuestión lo que el interprete tiene en mente, forzando la letra escrita y el espíritu en ella plasmado. En otras palabras, una forma más de inventarse antecesores ilustres. Estos desbordes hermenéuticos nos han entregado en tiempos recientes un Hobbes para quien el Estado resultaba una hipótesis prescindible, un Adam Smith antiliberal, un Walter Benjamin teórico de la liberación, un Kant relativista histórico o una Hannah Arendt ideóloga del multiculturalismo. Por suerte para todos, Lidia Girola no trata a Durkheim a las cachetadas. Una cuarta forma de tratar a un clásico es leerlo a partir de su contemporaneidad o de la pregunta por su vigencia. Una lectura menos reverencial pero también menos manipulada que trata al autor como a un interlocutor, reconoce las limitaciones de su tiempo y las incertidumbres del nuestro. Esto es lo que la autora *crea hacer* o dice hacer en este libro cuando centra su interés en el llamado diagnóstico durkheimiano de la modernidad. Pero hay otra forma de tratar a un clásico, no incompatible con la anterior, y es la que se lleva adelante en este libro, y que consiste en apuntar a algo así como una historia conceptual o una historia de un problema. Porque en la primera parte del libro, la autora construye una suerte de historia conceptual de la anomia, tomando a Durkheim como un hito fundador del concepto y siguiendo los recurrentes y cambiantes usos del término en la sociología moderna. En la segunda parte, quizá sin saberlo, encontramos un ejercicio de historia conceptual o de historia de un problema y de un ideal: el individualismo moderno.

En esta segunda parte, Durkheim no es el forjador del concepto, pero sí es pionero en la forma de plantear el problema y de estabilizar la equivocidad que acompañará al término hasta nuestros días: ¿el individualismo es un síntoma más de la disgregación social o es, diríamos en otro lenguaje, una dura conquista evolutiva? ¿Es un emergente de la crisis de la conciencia colectiva o es el resultado de formas de socialización modernas y autónomas? ¿Es una conducta perversa, causa y consecuencia de la fragmentación y de la pérdida de valores aglutinantes o es aún una promesa incumplida? Y antes quizá ¿es un ideal a alcanzar, un mal a combatir o es una pauta de orientación cultural socialmente operante y empíricamente observable?

Lo llamativo es que una de las consecuencias de este introducir a Durkheim en una historia conceptual o en una historia de un problema, es que sin actitud exegética o reverencial ni tampoco a las cachetadas, al final de cuentas, Durkheim se re-dimensiona. El positivista francés decimonónico, el anticuado moralista irredento, el defensor del orden social se transforma en el relato de este libro, en un observador lúcido y atento de la sociedad moderna, y sobre todo en un testigo cuya profundidad del campo visual e inquietud teórica parecen sobrepasar con mucho, en ocasiones, a las de sus continuadores. Como simple ejercicio, tal vez resulte ilustrativo revisar los ítems que la autora enumera en la introducción, como rasgos distintivos de la cultura de comienzos de siglo. En realidad éstos son una especie de puntos del horizonte problemático presente en la obra de Durkheim y que serán retomados parcialmente por autores posteriores. Tomemos esos puntos y examinemos cómo Durkheim los incorpora a su reflexión y cómo esas cuestiones reaparecen o no en el pensamiento contemporá-

neo: 1) diferenciación y complejización crecientes. Desde la *División del trabajo social* uno podría pensar que el reconocimiento de los procesos de diferenciación y el volverse cada vez más complejo las diferentes esferas o sistemas sociales constituyen axiomas de la sociología. Sin embargo, en muchas expresiones del pensamiento social contemporáneo, la diferenciación y complejización se pasan por alto. Tal es el caso cuando, por ejemplo, se recurre al modelo de las interacciones simples para comprender la sociedad compleja, o cuando se echa en falta una noción de totalidad. 2) cambio en las bases de la integración: este es un problema que Durkheim detecta en sus orígenes, en la vuelta del siglo XIX al XX. Ello lo llevarían a la afirmación de la solidaridad orgánica y también a la pregunta por las posibilidades de una moralidad laica y por el nuevo papel del derecho. Hoy, en cambio, hay quienes vuelven a proponer una retraditionalización de nuestra vida cultural, o una integración social fundada en valores sustantivos, o una vuelta a las fuentes religiosas de la moralidad o una religión cívica que, a veces, de laica parece tener poco 3) el proceso de individuación creciente, que lo llevara a distinguir entre el individualismo egoísta (que en realidad es ego centrado) e individualismo responsable (o cívico). Esta distinción durkheimiana, hecha en el plano normativo se contrasta con los diagnósticos, que la autora expone con mucho color, que condenan al individualismo como ruptura de los lazos comunitarios, o como producto perverso de Occidente o que confunden individualismo metodológico e individualismo normativo 4) insatisfacción permanente por la falta de límites: anomia. En este punto, después de seguir el recorrido histórico trazado en la primera parte del libro, podríamos decir que la anomia de Durkheim, que va desde la indeterminación ju-

rídica en las relaciones entre capital y trabajo hasta el *mal del infinito*, desde su acotamiento como fenómeno pasajero de la transición hasta adquirir características existenciales, resulta infinitamente más trágica que la falta de pertenencia de un Elton Mayo, o que el stress posmoderno, o incluso que *anomia boba* de la trasgresión de la ley. Puede ser que, en este punto sea un sentimiento trágico de la vida, totalmente pasado de moda, lo que me produzca una mayor empatía con Durkheim que con el malestar *light* de las sociedades posmodernas. Pero sospecho que a Lidia Girola le ocurre algo parecido, porque el tema de la «desdramatización» de la anomia aparece apuntado varias veces 5) importancia de la sociedad civil como ámbito de gestación de una nueva moralidad social. En Durkheim, el señalamiento se dirige a los grupos profesionales y a los grupos secundarios, grupos funcionales que conectan con el tema, aparentemente olvidado hoy del llamado neocorporativismo. Por otra parte, el tejido asociativo de la sociedad civil no se afirma como una instancia opuesta al Estado, ni como de una nueva eticidad hegeliana, sino sólo como el ámbito *potencial* de gestación de una moralidad pluralista, individualista y organizada. Es decir, cualquiera sea la lectura del problema de la sociedad civil en Durkheim, ninguna justifica la idea de un sujeto moral colectivo, capaz de voluntad y acción, idea que en cambio aparece en numerosas invocaciones actuales a la sociedad civil. 6) Democratización y crecimiento de las funciones del Estado como garante de los derechos. Frente a esta afirmación, que Lidia Girola trata de consignar muy claramente, podemos preguntarnos: ¿Cuántas veces se ha confundido democratización con reducción del Estado o, mejor dicho, se ha justificado la segunda por la primera? ¿Cuántas veces se ha sostenido y se

sostiene que los derechos humanos no requieren del estado para su salvaguarda y garantía? ¿Cuántas veces la sociedad civil se presentó como una alternativa democrática a la intervención estatal? O ¿cuántas veces los derechos fueron esgrimidos exclusivamente como protección de la libertad frente al Estado y no en el Estado? Tal vez un republicano francés de finales del XIX no podía pensar de otra manera. Sin embargo, la autonomía de la sociedad civil y su afirmación contra el Estado, la reivindicación de los derechos contra el orden jurídico, y la idea de una sociedad que se produce a sí misma más allá del derecho y de la política, están presentes también hoy entre autores que reivindican esta tradición. 7) Cambio en las bases de la moralidad social: de lo religioso al fundamento laico y racional. En este punto, pareciera que la revalorización del fenómeno religioso parece haber vuelto anticuado el laicismo militante de Durkheim, y quizá en este punto es en el que podríamos discutir la tesis del *reencantamiento* del mundo. 8) El énfasis en una cultura cosmopolita. Sabemos que hoy frente al fenómeno de la llamada globalización hay quienes hablan de un nuevo cosmopolitismo pero también quienes denuncian su inautenticidad. Frente a ello, defienden los usos y costumbres, no en su efectividad social, sino por su valor intrínseco, terminando en la reivindicación de identidades prístinas e intocadas, es decir *auténticas*.

Todo esto en relación a Durkheim y a los hitos teóricos relevantes de la anomia y el individualismo. Si la autora intentaba justificar la vigencia problemática y teórica de Durkheim, esta inclusión en una historia conceptual o en una historia de problemas, ayudaron de manera notable a cumplir ese objetivo.

Pero la parte más sugerente del libro y también la más divertida es la final, allí donde anomia e individualismo, pasan de

su historia y de su clarificación conceptual, a transformarse en herramientas del análisis cultural. Anomia e individualismo se articulan en manifestaciones concretas de nuestra vida cotidiana y los conceptos muestran tanto su riqueza como sus límites expresivos y analíticos. Tal vez en este punto, y esta sería una primera observación, se extraña el recurso a una vieja y cuestionada distinción, y sin embargo útil aquella entre nivel analítico descriptivo y nivel normativo. Al avanzar en la pintura del individualismo en México, se tiene la impresión de que ambos niveles se confunden y entonces, la autora se ve en la obligación de introducir adjetivos: *individualismo mass mediático, individualización anómica, individualización negativa, fragmentada*. Cuestiones que corresponden a un discurso normativo, como el respeto por la dignidad de la persona o la valoración de la autonomía, se entrecruzan con cuestiones más empíricas como el grado compromiso cívico o la participación política. Creo que la distancia entre moralidad ideal y moralidad práctica, que la autora utiliza para dar cuenta de lo que llama *sociedades del como si*, no da cuenta de todas las distinciones en juego.

De todos modos, la pintura de las nuevas y viejas formas culturales de la moralidad social mexicana sirve a la autora para plantear grandes preguntas que apuntan a cuestiones muy básicas del discurso sociológico contemporáneo: ¿podemos seguir ordenando las formas sociales y culturales sobre el par moderno-tradicional? ¿Podemos seguir hablando de un conjunto de pautas dadas en lo cognitivo, lo expresivo y lo normativo como definitorios de la modernidad cultural? Y de manera quizá más importante: ¿cómo articular el discurso normativo que apela al individuo autónomo, moral y políticamente responsable y cívicamente comprometido, con la realidad de las familias, los grupos, las mafias,

los ámbitos locales limitadamente autodefinidos, las clases, las generaciones?

Por último, y en relación a las formas contemporáneas de anomia y de individualismo aparece, de manera marcada, la preocupación sobre las nuevas formas de socialidad. Paradójicamente, aquí es justamente donde la confusión entre norma y lo descripción se vuelve productiva. Porque tenemos estudios empíricos acerca de esas nuevas formas de socialidad, pero éstos, o bien se limitan al plano descriptivo o bien entran en el delirio normativo: es decir describen su funcionamiento (nos referimos a las redes de todo tipo, a las nuevas formas de proxemia, a los nuevos tipos de asociativismo más laxos y menos demandantes) o ven en ellos a la nueva sociedad civil ahora virtual, a la nueva esfera pública democrática, a un nuevo tipo de sociedad. En el marco de la reflexión sobre la anomia y el individualismo, Lidia Girola marca claramente las diferencias entre las nuevas formas de proxemia (grupos de autoayuda, de pacientes de determinada enfermedad, de anónimos de distinto tipo: neuróticos, alcohólicos, comedores compulsivos, mujeres que aman demasiado o demasiado poco) y el asociacionismo típicamente moderno de los partidos, los sindicatos, y las asociaciones voluntarias clásicas. Es decir, las diferencias con aquellas formas de asociación que, en general fueron reconocidas como los embriones del espacio moderno de lo público. Cambios en los patrones de estabilidad, cambios en las reglas procedimentales, cambio en la función: de potenciales escuelas de virtud cívica al reparo o la identificación emocional, del tejido asociativo denso al encuentro efímero, de la sociedad civil al neotribalismo. Lidia Girola detecta el surgimiento y desarrollo exponencial de estas formas de socialidad y las relaciona con las manifestaciones contemporáneas de anomia y de indivi-

dualismo, las describe y las analiza. Sin embargo, ante la pregunta acerca de cómo valorarlas

Lidia Girola no celebra el advenimiento de la sociedad *post* todo ni la caducidad de los valores típicamente modernos, pero tampoco cae en la ingenuidad de ver en estas formas la realización plena de esos ideales modernos. De manera inteligente, se interroga en cambio por el potencial que tienen esas nuevas formas de socialidad para promover las prácticas igualitarias y los valores cívicos que, en el plano de los ideales preferidos, sigue haciendo suyos.

Y es esto lo que me resultó más atractivo del libro: esa tensión entre la afirmación de valores y la sensibilidad sociológica, esa nostalgia de conducta republicana en una sociedad que parece evolucionar en otro sentido, esa insatisfacción ante lo empíricamente dado que, no es síntoma del mal del infinito (o no siempre lo es) sino una especie de tenaz pero desencantada búsqueda de sentido. Porque comparo esa sensación de habitar en un mundo en permanente transición, porque formo parte de esa generación que no le explicó la posmodernidad a los niños sino que la aprendió de ellos, y porque creo es imposible vivir en la aceptación resignada del *no future*, me encontré reflejada en las preocupaciones de este libro. Una pequeña inquietud que agregó a los muchos interrogantes que la autora nos trasmite. ¿No será que en esa brecha entre pesimismo frankfurtiano y el pasotismo posmoderno por un lado, y la opción republicana de Durkheim, se instala la política? Y esa expectativa en la política, ¿es parte del costado anticuado o del costado vigente del pensamiento moderno? Pero esto queda para la agenda del futuro libro. Porque como los límites socialmente impuestos se han debilitado y uno siempre quiere más, como nos arrastra el vértigo

de la permanente insatisfacción y nos aqueja el mal del infinito, ya estamos a la

espera de un próximo libro sobre nuestras formas de individualismo y anomia.

## LA INSOCIABLE SOCIABILIDAD

Sergio Pérez Cortés

ENRIQUE SERRANO GÓMEZ

*La insociable sociabilidad. El lugar y la función del derecho y la política en la filosofía práctica de Kant*  
Barcelona, Anthropos Editorial, 2004

Si se observa el conjunto de la obra de Kant, su filosofía jurídica y política ha recibido comparativamente poca atención. Una de las razones que lo explica es que el mismo Kant no escribió nunca un tratado de política, de manera que es preciso inferir su pensamiento mediante una síntesis de diversas obras, especialmente aquellas que se refieren al uso práctico de la razón, con el agregado, entre otras, de la Crítica del juicio, la *Antropología* y las *Ideas para una Historia...* Éste es el propósito del libro *La insociable sociabilidad* del Dr. Enrique Serrano. El libro mismo se inscribe en una serie de tentativas recientes que se proponen obtener una imagen más compleja de la teoría moral kantiana que la tradicionalmente atribuida al filósofo, tentativas entre las cuales pueden mencionarse nombres tan prestigiosos como J. Rawls y J. Habermas. Puesto que se trata de inferir una concepción implícita en Kant, cada uno de estos autores presenta rasgos propios en su reconstrucción y por tanto ofrece perspectivas relativamente diferentes del filósofo, las cuales resultan, por momentos, inéditas.

A fin de ofrecer al lector una visión global, quizá convenga empezar con una presentación de los resultados. Para el Dr. Serrano la política, tal como Kant la propone, es una actividad (y no una técnica), una relación práctica con el mundo cuyo fundamento es la libertad, y cuyo fin es que el derecho positivo existente en una sociedad determinada se adecue al mandamiento de equidad que exige el concepto racional de derecho. Definirla como una relación práctica implica, además, que la política es una actividad teleológica inscrita en la historia humana, que no busca interpretar el mundo, sino transformarlo en un sentido determinado, que en este caso son las exigencias de la razón. La política sería entonces una mediación entre dos órdenes que en Kant suelen entenderse como irreductibles: el ser y el deber ser. Ella prolonga el impulso que el mismo Kant manifestó en muchos otros momentos de su obra: el intento por reducir la separación entre los rigurosos principios que fundamentan la vida moral y la existencia cotidiana de los seres humanos, ofreciendo la prueba de que los primeros influyen efectivamente en la segunda.

Pero ¿cómo aproximar esos dos órdenes que de principio se suponen separados? El autor sigue una estrategia sugerida por el mismo Kant: la descripción de la actividad política debe comenzar por los postulados de la razón pura práctica